ACAPARADORA

1
233745



BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

10 cénts.

1
233745

47/150507

MADRID NACIONAL

Acaparadora de besos

I

—¿Lo leíste en *El Heraldo*?

—Ya lo creo y aquí le tengo: mira.

—Sí, justo. *Acaparadora de besos*. Caray ¿qué será eso?

—Yo no me lo explico ¿y tú?

—Menos que tú; pues no soy aficionado a charadas.

—¡Claro! A tí sacándote de aquellas desacreditadas memeces:

«Con lo *prima segunda* de mi *tercera*
doy el *total* al punto a quien le quiera»,

ya eres hombre al agua.

—Bien, no divaguemos. A lo mío.

—Y ¿qué te importa eso de acaparadora de besos?... Si tú odias a los acaparadores...

—Distingo: los del género masculino los detesto; pero...

—Sí; ya estoy en el ajo. Las del sexo débil por acaparadoras que resultan ¡quién

R. 322428 7

me las *trugiera!* como aseguraba aquel baturro del cuento. Pues, hijo, para ese viaje, no necesitábamos las alforjas del *Heraldo*, ni ninguna otra.

--Porque eres cretino de nacimiento y además un golfo más grande que una plaza de toros.

—No: dí más grande que diez nalgatoriós del Olimpio.

—Ni eran diez musas, ni se dice Olimpio, sino Olimpo, como saben hasta los del O. P.

—Pues que *O limpio*... o ensucio; que no es lo mismo y...

—¡Anda y que te den dos pedradas en un riñón cualquiera!

—¡Bah! Lo de las *diez* musas con sus nalgatorios desopilantes no me lo quitas ni tú ni el que inventó lo de las rayas en el agua... ¡eso sí que no!

—Nueve eran las musas, so analfabeto.

—¡Y dale! ¡Diez! ¡Diez! digo y repito.

—Vamos, Javierillo. Perdona y a lo nuestro. ¿Cuándo piensas ir a ver que resulta del reclamito ese?

—Cuando tú quieras, niño. Por mi, ahora mismo.

Dicho y resuelto. A los diez minutos ya se hallaban nuestros dos amigos frente a una casa de no mala apariencia de la calle Relatores.

En ascensor, elevaronse hasta el segundo derecha.

Allí estaba la placa: «*Acaparadora de Besos. S. A.*»

Penetraron por la puerta vidriera tras la que había un «botones» decentito y de regular aspecto.

—¿Está la señora?

—¡Que señora, caballero!

—Vamos ya la has metido. A callar. Díme «cancerbero» menor de talla. ¿La acaparadora funciona?

—No entiendo, señorito.

—Pero estás tú ahí de adorno ¿o qué?

Llegaba oportuno un segundo personaje.

—Perdonen; ustedes preguntarán por la Baronesa ¿verdad?

—Diablo. ¿Una baronesa?

—Se miraron, algo confusos los dos visitantes.

—Pasen. Tú, botones. Luz.

No era tampoco muy explícito, pero llevóles casi por el brazo el ayuda de cámara, o lo que fuere, hasta dejarles en un saloncillo confortable, bien alhajado y que realmente predisponía a las emóciones fuertes.

Las paredes llenas de lienzos, bocetos

y caricaturas de sabor picante; desnudos, semideshabillés... cuadritos de género, etcétera, etc. Al fondo un piano y encima del piano un bronce auténtico, copia de un original de Falguiére, que tiraba besitos con los dedos montada en un pretil de un puente; un encantador y picaresco desnudo absoluto de mujer y mujer cachonda, sonriente y bien formada...

—¿Les gusta, caballeros?

—Mucho. ¿Es esa la «acaparadora» del reclamo, joven?

El joven se sonrió, enigmático.

—Casi, casi... Figura a la hermana de la baronesa, que posó para el gran Falguiére.

—¡Ah! Y ¿vive aquí esa preciosidad?—preguntó, impetuoso, Javier.

—Siendo el original—recalcó Roberto, su compañero de visita, por decir algo y no quedarse en segundo término.

—De momento no está... No es la hora de la visita: pero si gustan...

—Pero de qué visita se trata ¿es doctora en medicina ese portento?

—Casi, casi—repitió, siempre misterioso el raro personaje.

—En fin... ¿Vámonos tú? Volveremos más tarde u otro día.

—Eso sí que no, señores míos. Mar-

charse no; ni la baronesa de Praderilla, ni su hermana, de leche, de leche nada más la señorita Adria Bonfedele no se lo perdonarían.

—¿Dónde nos hemos metido, Javier?—demandó con aire descompuesto Roberto Macala a su compañero y en voz baja.

—Deja... Deja. ¿Pueden verse esos verascopos entretanto?

—Con el mayor gusto... Sólo con tres piezas de las grandes.

—¡Azúcar!

—No se asusten: entiéndese que son tres *perras*. El aparato funciona en el acto y... ¡no está mal!... Créanme; echen ahí las monedas.

Hiciéronlo así, por pasar el rato y comenzaron a desfilar ante su vista suculentos asuntos de una lubricidad graduada sabiamente y que despertaba el apetito sexual de un modo decisivo.

II

Entretanto en el salón situado al otro extremo del piso ocurrían escenas completamente distintas.

Un apuesto caballero, de frac y mono-

cle al ojo; bigotes a lo Kaisser y una mano enguantada y otra libre que empuñaba un simple roten de caña de indias gesticulaba, manoseaba, hablaba fuerte.

Escuchábale como quien oye llover, una magnífica criatura, semitendida en amplísimo diván forrado de terciopelo amaranto; hermosa, sonriente, de ojos grandotes y labios provocativos. Una pierna agil y lindamente tamizada por media de seda blanca, a través de cuyas mallas finísimas la carne matizábase en esplendorosa tentación de pecado. Su bata de blondas y liberty, color violeta, más que bata semejaba un pretexto para quedar más y más de manifiesto ante los subyugados ojos del que la viera, sus mórbidos encantos.

—¿Has acabado ya querido?

—De hablar sí! pero ahora empezaré a obrar...

—Hola! Un «obrero» de frac: tiene gracia.

—Y tú tan poca como gastas, so golfa.

Ella nada replicó al insulto. ¿Estaría ya acostumbrada?

Se sonrió olímpica y encendió un pitillo egipcio, con un gesto lo más natural y lleno de chic posible, dada la situación.

—Te he dicho por vigésima vez que eso

termina hoy mismo o...

—¡O qué! Nerón de entretiempo ¡qué!! ¿qué va a pasar, si *eso*, que no sé yo qué será, no se termina hoy... ¡que se sepa!

—A tí Priscila, o se te mata o se te deja... Eso.

Ella por toda respuesta con un gesto lleno de un humorismo picante se sacó un pecho y se lo ofreció al tiranuelo aquel que allí parecía el amo, caso de no serlo en realidad.

Aquel fresón rosado, aquel seno, montón ideal de nieve de la sierra y rosa temprana, tenían mil seducciones, que se escapan a la descripción de un plumífero cualquiera.

Era mucha mujer aquella y mucho «gesto» aquel. Cleopatra no tentaría con más gracia al enamorado Marco Antonio, el guerrero legendario.

—¿A mí senos? Bah!... Ya no me inspiras más que una cosa.

—Dila, a ver.

—Asquito! Ya sabes. Asquito y eso el «seis doble». Y a vivir que no estoy para más pamemas y quiero evitar escenas trágicas.

—Trágicas ¿eh?... Pues hazte un «traje» y estarás más trágico aún... Y ¡hemos acabado!... Cuando quieras algo de mí ¡al

botones que me pase recado! Lo que es la baronesa de Praderilla no recibe ya más «golferancia». Se acabó ya la audiencia.

Así diciendo la arrogante hembra en un nuevo gesto, tetral del todo, alzóse, rápida, dejando que al realizarlo, en visión fugaz se le vieran parte de los miríficos muslos, con sus ligas de tegido elástico, y por completo sus dos pechos, de carne selecta y bien cuidada, fuertes, blanquísimos casi insultantes.

En cuanto al traga chicos, al chacal de marras, abandonó la habitación y poco después la casa, despidiéndose con dos portazos mayúsculos.

Y quien era total aquel personaje? Casi nadie.

Un llamado Alejo Días, del Tiro de Pichón, que no hacía más que dar unas *trescientas* beatas mensuales, con las que el muy zascandil quería le bastara para atender a todos sus gastos a aquella divinidad de hembra que hemos visto tendida en el diván rojo.

¡Habrá marrajo como aquel! Si la Baronesa, los sesenta durejos los empleaba ya en pagar el alquiler del piso... ¿De donde había de salir lo demás? Pues ahí está el busilis.

Los demás gastos se los agenciaba la

prójima de marras con el truco del reclamito en varios rotativos *Heraldo, Liberal, Nación*, etc. Y por lo que se vé el señor don Alejo, el del tiro, no estaba conforme con la marcha de los acontecimientos. Así en seco ¡porque no! Y basta. Porque a él se le antojaba así y él era el amo (??) en la casa.

¡Ah! También referían malas lenguas que el tal Alejo Días resultaba un formidable acaparador, sobre todo, de leguminosas, como habas, guisantes y la rica patata temprana.

Lo del acaparamiento de legumbres no nos incumbe pero si que inspirándose la baronesa en ideas que se atribuían con más o menos motivo a su amante, el susodicho Alejo, ocurriósele la peregrina *combina* de *Acaparadora de Besos*, lo que en la práctica resultaba, agradabilísimo para los clientes y de positivos resultados para la inventora, según irá viendo el amable lector.

III

Mientras nuestros dos adláteres Roberto y Javier entretenían, gustosos, en

admirar desnudeces y picardías estereoscópicas, en el gabinete tocador inmediato, separado del saloncillo que conocemos y en que hallábanse los visitantes, solo por una mampara con cristal esmerilado y que recortaba perfectamente los objetos del interior, oíase claramente el chapoteo de una persona que está bañándose en pila.

Javier llamó la atención de Roberto.

—Si será esa la Baronesa que se está lavando la conciencia.

—Yo que sé! Puede que sea Adria, la hermanita de leche.

—Cualquiera lo averigua pero ¡ah!!

Esta última exclamación de sorpresa gozosa. Javierito acababa de descubrir, bajo un cuadro de una «Nereida jugando con los Cisnes» un agujerillo circular suficiente a que un ojo escrutador pudiera curiosear a su sabor y capricho.

Aprovecharon la inesperada ausencia del testigo de vista que les recibiera. Roberto dió con el codo a Javier.

—Recontra!... Ves tu algo?

—Calla! Veo... y no veo. Esto es ¡la gloria chiquillo, la gloria!

—Bah! Déjame a mí o canta lo que veas.

—Prefiero que veas por ti mismo. Vaya un cu...tis soberbio. Nada, que la indi-

vidua esa se ha puesto en pie y se le vé hasta la fé de pila.

—Claro: como que se baña en «pila», se la vé hasta la fé...

—Verdad que le tiene rubicundo

—Plástico y ditirámbico: quien lo tuviera al alcance de los dientes.

—Menudo mordisco ¿verdad tú?

—Repámpano! Que se vuelve de cara a nosotros... Anda, ahora se le vé el...

—A ver! Puño!... Que triángulo tan equilátero.

—Y tan rubio verdad? Se dan rubiales!... Oye! Y que mojadito lo tiene... gotea el tal triangulito... Ay chico, siento que se me levantan los espíritus.

—Contente: y del muslamen que me dices?...

—Como! Me dices... *Médicis* puro, digo yo. La venus de Médicis podría resultar dignísima hermana gemela de esa preciosidad que nos está refocilando la sangre...

—Calla! Ahora se pone las medias... Pero criatura! Hace falta, sí o sí un camarero de honor?...—añadió expresivamente Javier.

—Tú: no comprometas, que nos la vamos a cargar por torpes.

—Déjame a mí que... ¡Maldición!... que

dicen en los dramas de Rambal...

—¿Qué pasa?—demandó Roberto, que estaba de «imaginaria» solamente y no miraba por el agujerito providencial.

—Que se hizo la oscuridad.

—Bien, bueno. No te atortoles y consuélate con lo visto. Eres el que se atizó la ración de vista y te quejas! Ansioso!

—Te daba así! Mira que tú...

A poco aparecía la Baronesa en persona: pero ¡horror! Iba disfrazada de botones y llevaba bigote postizo y lentes.

Resultaba una mujer original por demás y halagábala el adoptar ya uno ya otro disfraz, para examinar a su sabor a sus clientes y saber el partido que podía sacar de sus diferentes idiosincrasias o temperamentos.

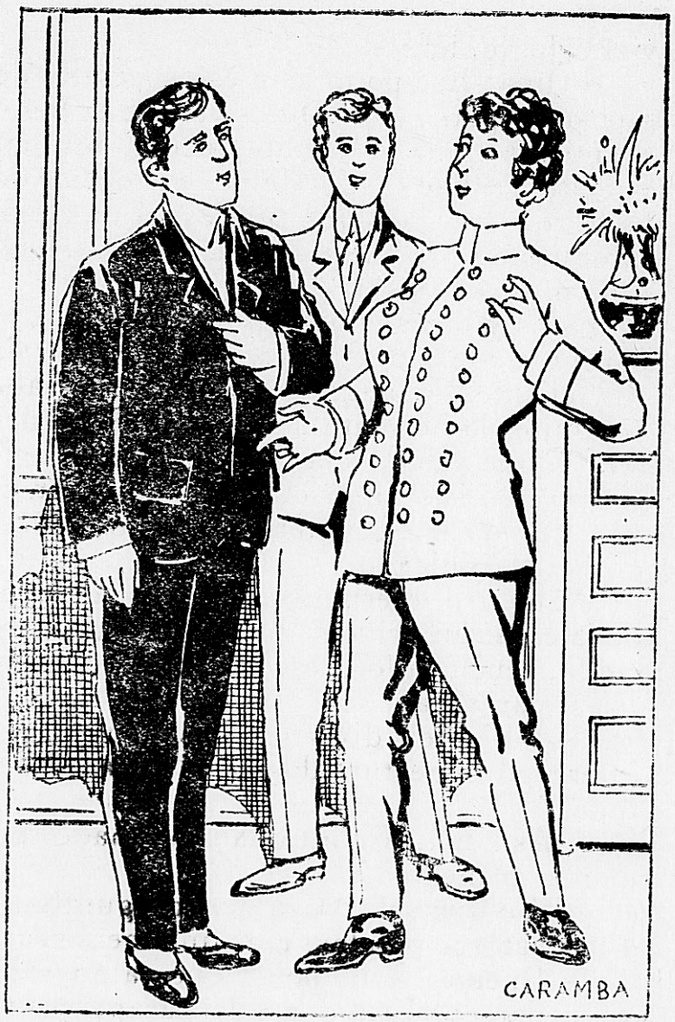
En suma: una mujer galante a la *derniere*... simpática hasta lo infinito y práctica en materia de sacarles la pasta a los mortales.

—Ustedes por aquí? Oh!—dijo la baronesa con fingida voz masculinizada.

—¡Oh! Otro botones! Ese es más crecido que el otro... Pero ¿nos conoces tú?

—Yo? Ya lo creo! Yo les conozco a ustedes de la Puerta del Sol!...

—Ya lo creo... Todos los días vemos bajar la bola de Gobernación ¿verdad Ja-



vier? ¡Je, je, jé!

—Quiá! Ese pollo con ese bigotillo de guardarropía... ¡Eh! Que se te cae el bigote, muchacho!... Mira no quedes aquí en ridículo!... Ese de donde nos conoce es de los toros ¿verdad que tu eres el mozo de estoques de Gaona?... Clavao! Por estas, ¡que ni dos gotas de agua!

Estos y otros choteos los aguantaba la baronesa sonriente, hasta «verles venir» a sus clientes: y luego, como se verá, salía «al quite» la hermanita Adria de Bonfedele... la que ya co ocían los muchachos visitantes en sus interioridades por lo menos, por ser la que estaba bañándose cuando lo del agujerito.

Aquel *truco*, era otro de los caza torpes de la casa: un orificio que, como al descuido, acuciaba los deseos de los visitantes a maravilla.

—¿Os habeis divertido con las vistas?—interrogó imperturbable el falsificado botones.

—Así, así... Cuanto habsis echado poco más o menos.

—¡Yo qué se! ¡Vaya un preguntón!... Unas catorce pesetas, más que menos.

—Bueno—saltó Javier que ya no sabía a quedarse.—Esta dama del «acaparco» sale o nos vamos.

—¡Je, je! ¿Han leído el rotulito que hay junto al piano?

—Leamos. — Así diciendo, ambos se acercaron, resignados al vano de pared, y junto al piano campeaba, en un marquito muy cuco este rótulo:

«Si te impacientas no es hora:
y que por mí no haya riña
pa ver la Acaparadora
entre tanto que esa niña

(y señalaba una mano al bronce que ofrendaba besos).

te perfuma y te evapora».

Como chocarrera si lo era la tal quintilla; pero Roberto y Javier previas otras moneditas que echaron en una ranura, oyeron que el piano se arrancaba solo por una danza oriental y al propio tiempo a la estuilla ¡que monería! emergíale del propio botón del ombliguito delicioso y moreno un chorro improvisado de perfume de mil flores o algo así...

Aquello no podía ser ni más encantador ni más nuevo.

Cuando aún quedaban por saborear los últimos compases del consabido trozo de música y las últimas gotitas de perfume en sus bigotes y cabellos, ambos amigos viéronse gratamente sorprendidos por un novísimo incidente.

Una manita encantadora, gordezuela, perteneciente a una preciosísima mujer, llena de seducciones y que ya empezaba por «desabrochar» al más terne con la luz de sus grandes ojos garzos, colocóse sucesivamente, mimosa y dúctil en uno y en otro brazo de los afortunados visitantes.

—Retírate, Baltasar.

Baltasar—el falso botones grandullón—que, como sabemos no era ni más ni menos que la baronesa en persona, retiróse, sonriendo, y sujetándose el apócrifo bigotillo, algo charlotesco en verdad.

—Lean en este otro letrerito, queridos —dijo la nueva hada de aquel lugar paradisíaco, a sus admirados interlocutores.

Javier leyó en la pared, junto a un busto del dios Pan estas palabras:

A las siete: exhibición de La Acaparadora de besos

Tomen número *S. V. P.*

—Bien; ya falta poco pero verdad que usted, que tú, reina de mis entretelas eres la que hace poco te bañabas en el interior de ese cuarto.

—¡Oh! Sí...

La ninfa nombrada echóse encima de Javier antes de que él pudiera darse cuenta de la acometida. Sus brazos y sus piernas plenos, de ebúrneos contornos, le ofre-

cieron ancho campo a la exploración.

Javier se volvía enteramente loco, ante tan inesperadas sensaciones, Le habría gustado a aquella soberbia criatura.

IV

Ocho días después referían Javier y Roberto, cada cual según su punto de vista las sorpresas de la casa de la *Acaparadora*.

—Pero ¿os divertisteis al menos?

—Enormemente.

—¡Vamos! Contadme y no me impacienteis.

Bermúdez el neófito, quien sólo de oídas sabía algo de lo mucho bueno que referían todos los que conocían a la Baronesa, relató:

—Pues como divertirnos ¡enorme! ¡brutal! Cómo gozar ¡inimaginable! ¡piramidal! ¡obelísquico! La Adria la hermanuca, cátate que ya me ha acaparado como juguete suyo predilecto... ¡Está por mí, muchacho!

—Dichoso tú... ¡Pero relatas o no! ¡Jesús que posma!

—Sigamos. Conforme entras en la ca-

sa, las estereoscópicas más sicalípticas del orbe e islas adyecentes, es lo que te espera como vermú.

—Adelante.

—Luego te perfumas y enseguida o alterando el orden lo del baño que ha resultado un truco de la casa, de los más exhorbitantes. Luego ya nos tienes de golpe y porrazo en otro salón completamente forrado con telas muy oscuras, hasta en el suelo y allí ¡la órdiga! ¡la vértiga y el caos con cascabeles!

En el salón caótico, como aquel que dice, te encuentras allí de todo... Manos que te abofetean: labios que buscan los tuyos; piés que te pisan o te dan en las posaderas... Luego, sin dejar que te des cuenta de nada y casi instantáneamente: brazos que te oprimen, desnudos contra torsos deliciosos no menos al natural: contra pechos de ninfa despampanante y ligeramente elásticos, con presiones célicas y de imponderable efecto erótico en tu epidermis...

—¿Y a todo ello no veis nada?

—Ni un pimiento. Todo sigue a oscuras. Tan pronto te besan unos labios regordetes y femeninos, casi de divino roce sobre tu piel, como te rocían la mollera con unos chorritos de perfumería delicio-

sa... Tan pronto crees estar en la gloria como en el limbo. Aquellos incidentes son de un sabor completamente nuevo y afrodisíaco.

—Y ¿siguen las piernas de mujer atarazándote en la sombra?

—¡Caray! Las piernas y los entremeses de ellas y las regiones lumbares y las del sudoeste; en fin lo que no se puede pintar con colores... Hay que verlo para creerlo, querido.

—Pero y ¿qué más? Acaba de una vez.

—Luego pasas a otro salón y luego... después...

—Pero entendámonos: ¿me estás tomando la cabellera o qué?

—Aquí no se inventa nada; tú mismo puedes convencerte.

—Pero ¿y tus relaciones deshonestas con esa Adria?

—Ese es otro capitulito que también se las trae, mi amigo.

—Pero ¿es que se ha colado de veras la nena?

—Y tanto. Ayer mismo, junto al barandal de una galería que poseen con vistas al campo del Moro, me lo decía: «Chatín: El día en que sepa que me traicionas te la has ganado».

—De esta noche no paso que yo no me

entere, por mis propios ojos de esas maravillas que referís, como si fueran cuentos de las mil y pico, etcétera.

—Pues a las seis te esperamos; ya sabes: en Levante. No faltes.

V

—Yo no sé porque le haces caso.

—Por fantasmón, no, sino porque es un moscón fastidioso que no se, no se como me lo voy a espantar; créeme Adria: estoy de malhumor pensando en ese maldito Alejo.

—¿Pero crees en sus amenazas?...

—Yo que voy a creer... Si es ni más ni menos que un blanco, un perdido, que busca cobrar el barato... Y un avaricioso, ademas; lo que más me repugna en un hombre.

—¡Ay!... Pues mucho tardas ya en despedirle. ¿Quieres que pruebe yo, ricucha? Anda, autorízame.

—¿Me amas mucho?—demandaba mimosa, felina la Baronesa besando en los labios a su compañera de cama.

—Eres mi locura... ¡mi cielo!... ¡mi infierno! Tú no lo comprendes; pero ya lo

entenderás más adelante.

Los ósculos ya habían llenado ambos rostros con mutua prodigalidad.

Cuando más enervadas hallábanse entre el oleaje de su propia sensualidad desenfrenada, un timbre eléctrico, llegó, brusco a suspender sus debates cariciosos.

El vozarrón profundo de Alejo Dias dejóse oir en el pasillo.

—¡Dónde están esas brujillas mal educadas!... ¡Eh! ¡Hijas del diablo!... Donde estais?...

Sin pedir permiso, bruscamente irrumpió en la alcoba pecaminosa, que raras veces hollaba la planta de aquel Sardanápalo en agraz.

—¡Ah! ¡Me lo figuré! ¡Malas pécoras! Acariciándoos ¿eh? ahí como dos pupilas de casa de mal vivir... Magnífico... ¡Nada, que voy por mi roten y preparaos las espaldas!...

Salió furioso, más que había entrado, en busca de su garrote.

Pero la indignación, la copa que ya rebosaba con aquel último ultrage, hizo lo que no se les hubiera ocurrido a ambas mujeres, para castigar la osadía de aquel barbarote.

—Mira Adria, tu coges por este extremo de la cuerda yo por el otro y antes de

que nos amage le liamos la cuerda en la cacabeza... No se como: pero la rabia me prestará fuerzas. He de poder poco o de esta se va a acordar todos los días de su vida...

***

A la misma hora—seis de la tarde—comenzaban a acudir clientes a la casa de la Baronesa.

Javier Anfruns y Roberto Macala, los indispensables, fueron de los primeritos en llegar. Pero con el aditamento de Bermúdez, el único que no habia aún pisado aquellas baldosas.

Unas veintiocho o treinta personas de uno y otro sexo llegaron a reunirse en el salón del piano: pues de día en día la fama del «establecimiento» cundía que era una bendición.

Todos acudían allá, ávidos de goces nuevos, de sensaciones morbosas: en busca de afrodisíacos que avivaran los efluvios lujuriantes de cuerpos ya relajados, o en pleno vigor muscular y sexual.

El buen Bermúdez pudo corroborar de *visu*, cuantos encantos atesoraba aquella morada del placer, nuevo paraíso terrenal.

A las siete en punto—digamos que era martes y día de moda, por consiguiente—súbitamente iluminóse el salón de tapices

que nosotros aún no hemos descrito. Alli, allí es donde residía el gran secreto, el truco más maravilloso de todos.

Aparecieron unos carácteres brillantes que decian:

ACAPARADORA DE BESOS

Descorrióse una cortina de seda con ricas aplicaciones oro viejo y ofrecióse al público encantado, un soberbio lienzo que ostentaba un torso de nereida saliendo de entre las espumas del mar. Sus carnes satinadas; todos los secretos de su anatomía quedaban al descubierto. La relativa abertura de sus mórbidas piernas, ponía el punto picante al cuadro, a más de que con una mano indicaba sus parajes misteriosos, mientras que con la otra recogía, o aparentaba recoger los besos, que los pequeños diosecillos flotantes en las olas del mar la echaban pródigos y sonrientes. La sonrisa de la nereida era de turbadores destellos: sus ojos despedían chispas de lujuria... Un cuadro, como nadie pudiera ver otro alguno en un museo.

—No está mal!...

—Pshe! Para eso, ya he visto cosas más cachondas!... Cualquiera se gasta aquí diez del ala por ver un lienzo como ese!...

Esos eran los pocos descontentadizos; en general, aquel final o término a la serie

de sorpresas que llevamos apuntadas ya, satisfacían plenamente a la mayoría, que era lo que se trataba de demostrar.

Pero faltaba aún algo y algo gordo por ver.

Cuando mayor era la atención prestada por los concurrentes al erótico lienzo, Alejo Días, cae como un bólido en mitad del salón y ruje:

—Fuera de ahí caterva de sinvergüenzas!... A la calle, morralla estulta!...

Los puños de hierro de Javier Anfruns, derriban al fantasmón al suelo y allí no fué de órdago ni nada la lluvia de puñetazos, patadas y análogas caricias la que cayó sobre su cuerpo miserable.

Allí mismo acabó el reinado del tirano; que salió como alma que lleva el diablo, dejando el campo libre al afortunado Javier.

Y la *Acaparadora de besos* siguió funcionando en lo sucesivo con el más completo de los éxitos.

FIN

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

PUBLICACIÓN SEMANAL

LEA USTED LA HERMOSA

COLECCIÓN PLACER

CACHONDA Y SABROSA — CADA TOMITO 10 CTS.

La primera noche de amor.—Suspiros tiernos. Fiebre de amor.—La mujer del prójimo.—Goces supremos. Picardías de novios.—Horas placenteras.—Cariñitos de mujer. — Amor en globo. — Misterios del lecho NO conyugal.—Granujadas amorosas. — Amores crueles. Trapisondas de mujeres. - Los amores de Fausto.—Historia de tres amores.—Una boda extravagante. Sangre ardiente. - Enredillos de hembras. Palomitas tiernas.—El beso del camino. — Un maridazo. -- Las hijas de Venus.--Centro Galante.—Delicias del amor,--La mujer ajena.--La Sabrosa.--Secretillos de alcoba. - La Isla del amor.- Un matrimonio modelo.- La Virgencita. Las nenas cachondas.—Mujeres tunantes-- Canalladas de Cupido.--Travesuras de un conejo.--Diabluras deliciosas. Paquita la blanda.—Lechos voluptuosos. Don Pepito se las trae.—Toma tripita.—Un catre cachondo.— Los labios de Isabel.—Noches sicalípticas. Mordiscos femeninos.—¡Venga cadera! El bosquecillo de Venus.—El sexo débil.- Una tía sin vergüenza.— Caer de espaldas.—La danza de la popa.—Muslografía física.- Boquitas de piñón.—Ombligos movilizados.— Los agujeros de Trini.—Vahidos sicalípticos.—Las rocas peludas.—Vaivenes caderiles.—Memorias de un lunar. La saeta de Cupido. — ¡Viva la faldamenta! — Ajetreos amorosos. — Lamentos de un somier. — Un Canuto libertino.- Las NALGAS marinas.-A punto de caramelo.—¡Vaya cardo!—Los tres besos y medio. El morrongo de Venus.—¡Toma candela! La liga perdida.—Cine placer.— Cositas del querer. Paraíso del Amor.—El jergón de la dicha.— Cuatro gotas. Acaparadora de besos.

COLECCIÓN

¡¡VIVA LA GRESCA!!

La última palabra del despiporren — 10 tomitos

Riquísima presentación — Cada tomito 20 Cts.

Publicaciones Alegres — Barcelona - Buenos Aires